



Ramón J. Sender

Réquiem por un campesino español

Requiem für einen spanischen Bauern

Ramón J. Sender
1901 – 1982

Réquiem por un campesino español

El cura esperaba sentado en un sillón con la cabeza inclinada sobre la casulla de los oficios de réquiem. La sacristía olía a incienso. En un rincón había un fajo de ramitas de olivo de las que habían sobrado el Domingo de Ramos. Las hojas estaban muy secas, y parecían de metal. Al pasar cerca, mosén Millán evitaba rozarlas porque se desprendían y caían al suelo.

Iba y venía el monaguillo con su roquete blanco. La sacristía tenía dos ventanas que daban al pequeño huerto de la abadía. Llegaban del otro lado de los cristales rumores humildes.

Alguien barría furiosamente, y se oía la escoba seca contra las piedras, y una voz que llamaba:

—María... Marieta...

Cerca de la ventana entreabierta un saltamontes atrapado entre las ramitas de un arbusto trataba de escapar, y se agitaba desesperadamente. Más lejos, hacia la plaza, relinchaba un potro. «Ése debe ser —pensó mosén Millán— el potro de Paco el del Molino, que anda, como siempre, suelto por el pueblo.» El cura seguía pensando que aquel potro, por las calles, era una alusión constante a Paco y al recuerdo de su desdicha.

Con los codos en los brazos del sillón y las manos cruzadas sobre la casulla negra bordada de oro, seguía rezando. Cincuenta y un años repitiendo aquellas oraciones habían creado un automatismo que le permitía poner el pensamiento en otra parte sin dejar de rezar. Y su imaginación vagaba por el pueblo. Esperaba que los parientes del difunto acudirían. Estaba seguro de que irían —no podían menos— tratándose de una misa de réquiem, aunque la decía sin que nadie se la hubiera encargado. También esperaba mosén Millán que fueran los amigos del difunto. Pero esto hacía dudar al cura. Casi toda la aldea había sido amiga de Paco, menos las dos familias más pudientes: don Valeriano y don Gumersindo. La tercera familia rica, la del señor Cástulo Pérez, no era ni amiga ni enemiga,

Requiem für einen spanischen Bauern

Der Priester saß in einem Sessel und wartete, den Kopf über das Meßgewand für das Requiem gebeugt. Die Sakristei roch nach Weihrauch. In einer Ecke stand ein Bündel Olivenzweige, die am Palmsonntag übriggeblieben waren. Die Blätter waren sehr trocken und sahen aus wie Metall. Als Mosén Millán vorbeiging, vermied er es, sie zu streifen, weil sie sich lösten und zu Boden fielen.

Der Ministrant mit seinem weißen Chorhemd kam und ging wieder. Die Sakristei hatte zwei Fenster mit Blick auf den kleinen Garten der Abtei. Von dort kamen schwache Geräusche.

Jemand fegte aufgeregt, man hörte den trockenen Besen auf den Steinen, und eine Stimme rief: »María... Marieta...«

Neben dem halboffenen Fenster versuchte eine Heuschrecke, die sich in Zweigen verfangen hatte, zu entkommen, und sie zitterte verzweifelt. Ein Stück weiter, in Richtung Dorfplatz, wieherte ein Fohlen. Mosén Millán dachte, »das muß das Fohlen Paco del Molinos sein, das wie sonst im Dorf frei herumläuft«. Der Priester glaubte noch immer, daß dieses Fohlen in den Straßen eine ständige Mahnung an Paco war, Erinnerung an sein Unglück.

Die Ellbogen auf den Armlehnen des Stuhls, die Hände gefaltet auf dem goldbestickten schwarzen Meßgewand, betete er weiter. Einundfünfzig Jahre Wiederholung dieser Gebete hatten einen Automatismus geschaffen, der es ihm ermöglichte, sich in Gedanken anderen Dingen zu widmen, ohne mit dem Beten aufzuhören. In Gedanken streifte er durch die Stadt. Er hoffte, daß die Angehörigen des Verstorbenen teilnehmen würden. Er war sich sicher, daß sie kämen – das mindeste – denn es handelte sich um ein Requiem, das allerdings niemand bestellt hatte. Mosén Millán hoffte auch, daß die Freunde des Verstorbenen kämen, doch hier hatte er Zweifel. Fast das ganze Dorf war mit Paco befreundet, außer den zwei wohlhabendsten Familien: Don Valeriano und Don Gumersindo. Die dritte reiche Familie, die des Herrn Cástulo Pérez, war weder Freund noch Feind.

El monaguillo entraba, tomaba una campana que había en un rincón y, sujetando el badajo para que no sonara, iba a salir cuando mosén Millán le preguntó:

—¿Han venido los parientes?

—¿Qué parientes? —preguntó a su vez el monaguillo.

—No seas bobo. ¿Note acuerdas de Paco el del Molino?

—Ah, sí, señor. Pero no se ve a nadie en la iglesia, todavía.

El chico salió otra vez al presbiterio pensando en Paco el del Molino. ¿No había de recordarlo? Lo vio morir, y después de su muerte la gente sacó un romance. El monaguillo sabía algunos trozos:

Ahí va Paco el del Molino,
que ya ha sido sentenciado,
y que llora por su vida
camino del camposanto.

Eso de llorar no era verdad, porque el monaguillo vio a Paco, y no lloraba. «Lo vi —se decía— con los otros desde el coche del señor Cástulo, y yo llevaba la bolsa con la extremaunción para que mosén Millán les pusiera a los muertos el santolio en el pie.» El monaguillo iba y venía con el romance de Paco en los dientes. Sin darse cuenta acomodaba sus pasos al compás de la canción:

... y al llegar frente a las tapias
el centurión echa el alto.

Eso del centurión le parecía al monaguillo más bien cosa de Semana Santa y de los pasos de la oración del huerto. Por las ventanas de la sacristía llegaba ahora un olor de hierbas quemadas, y mosén Millán, sin dejar de rezar, sentía en ese olor las añoranzas de su propia juventud. Era viejo, y estaba llegando —se decía— a esa edad en que la sal ha perdido su sabor, como dice la Biblia. Rezaba entre dientes con la cabeza apoyada en aquel lugar del muro donde a través del tiempo se había formado una mancha oscura.

Der Ministrant kam herein, nahm eine Glocke aus der Ecke und hielt den Klöppel fest, damit sie nicht klingelte. Er wollte gerade gehen, als Mosén Millán ihn fragte:

»Sind die Verwandten gekommen?«

»Welche Verwandten?«, fragte der Ministrant.

»Stell dich nicht dumm. Erinnerst du dich an Paco del Molino?«

»Oh ja, Herr. Aber noch ist niemand in der Kirche zu sehen.«

Der Junge ging wieder zum Presbyterium und dachte über Paco del Molino nach. Mußte er sich nicht daran erinnern? Er sah ihn sterben, und nach seinem Tod machten die Leute ein Lied daraus. Der Ministrant kannte einige Teile:

Da geht Paco del Molino,
der schon verurteilt ist,
und auf dem Weg zum Friedhof
um sein Leben weint.

Das mit dem Weinen war nicht wahr, denn der Ministrant hatte Paco gesehen, er weinte nicht. »Ich habe ihn und die anderen gesehen«, sagte er zu sich selbst, »aus dem Auto von Herrn Cástulo, und ich trug die Tasche mit den Utensilien für die letzte Ölung, damit Mosén Millán den Toten die Füße mit geweihtem Öl salbte.« Der Junge ging mit ihm hinein und kam mit Pacos Lied auf den Lippen heraus. Ohne es zu merken, paßte er seine Schritte an dessen Takt an:

... und wie sie zu den Mauern kommen,
gebietet der Zenturio Halt.

Der Ausdruck Zenturio kam dem Ministranten eher wie eine Sache der Karwoche und des Gebets im Garten Gethsemane vor. Durch die Fenster der Sakristei kam ein Geruch nach verbrannten Kräutern, und Mosén Millán spürte, ohne aufzuhören zu beten, mit diesem Geruch Sehnsucht nach seiner eigenen Jugend. Er war alt, und er kam in die Jahre, sagte er sich, wo Salz seinen Geschmack verliert, wie die Bibel sagt. Er betete fast lautlos, und sein Kopf ruhte an der Wand, wo sich im Laufe der Zeit ein dunkler Fleck gebildet hatte.

Entraba y salía el monaguillo con la pértiga de encender los cirios, las vinajeras y el misal

— ¿Hay gente en la iglesia? — preguntaba otra vez el cura.

— No, señor.

Mosén Millán se decía: es pronto. Además, los campesinos no han acabado las faenas de la trilla. Pero la familia del difunto no podía faltar. Seguían sonando las campanas que en los funerales eran lentas, espaciadas y graves. Mosén Millán alargaba las piernas. Las puntas de sus zapatos asomaban debajo del alba y encima de la estera de esparto. El alba estaba deshilándose por el remate.

Refiriéndose al derecho del autor, se puede presentar solamente esta pequeña parte.

Der Ministrant ging mit der Stange zum Anzünden der Kerzen, den Kelchen und dem Meßbuch ein und aus.

»Sind schon Leute in der Kirche?« Der Priester fragte noch einmal.

»Nein, Herr.«

Mosén Millán sagte sich: Es ist früh. Außerdem sind die Bauern noch nicht mit dem Dreschen fertig. Aber die Familie des Verstorbenen durfte nicht fehlen. Die Glocken läuteten noch immer, bei Beerdigungen stets langsam, gedehnt und gravitatisch. Mosén Millán streckte die Beine aus. Man sah die Spitzen seiner Schuhe auf der Espartomatte unter dem weißen Untergewand hervorragen. Dessen Saum zerfranzte allmählich.

Mit Bezug auf das Copyright kann nur dieser kleine Ausschnitt gezeigt werden.

Spanischer Text / Texto español:

Ramón J. Sender

Réquiem por un campesino español

2001 BIBLIOTEX, S.L.

Deutsche Übersetzungen / Traducciones alemanas:

Requiem für einen spanischen Landmann, Walter Boehlich, Suhrkamp, 1964

Requiem für einen spanischen Landmann, Thomas Brovot, Diogenes, 2018

Die deutschen Übersetzungen wurden für die vorliegende Übersetzung nicht verwendet /

Las traducciones alemanas no fueron utilizadas para la traducción actual

Dank an Renate Ndarurinze und Norbert Kustos für ihre Hilfe /

Gracias a Renate Ndarurinze y Norbert Kustos por su ayuda

Übersetzung, Gestaltung und Foto / Traducción, diseño y fotografía:

Gernot Hoffmann

Dieses Dokument / este documento / 15. Januar 2019:

<http://docs-hoffmann.de/senderrequiem15012018.pdf>